

vez más fuertes tajos, y hacia saltar en astillas la armadura de su contrario; pero golpeaba en vano la piel endurecida, y tampoco lograba derribarle enteramente, del mismo modo que el estrepitoso Sudoeste, que rueda de escollo en escollo, no logra abatir por completo la boya que flota en el mar, y que solo se sumerge para volver á aparecer al instante. Por fin la espada de Gareth chocó con la del Lucero, y la rompió por muy cerca del puño. — Ya te tengo! — gritó entonces el joven; pero en el mismo instante el otro se acercó á él de un salto, y de un modo mucho más propio de un patán que de un caballero, le estrechó en sus brazos de hierro con violencia tal, que Gareth se sintió medio sofocado; pero haciendo un esfuerzo supremo le derribó, y cogiéndole por la cintura, le arrojó de cabeza al río por encima del pretil de la fuente, sin que le importara un ardite que se ahogara, ó consiguiera salvarse á nado. Y luégo acercándose á la doncella, le dijo: — Guía y te sigo.

* * *

Pero ella contestó: — No quiero ya guiar; deseo que cabalgues á mi lado. Tú eres el rey de los marmitones.

* * *

¡ Oh trébol que brillas en la llanura mojada por la lluvia! ¡ Oh arco iris que ostentando tus tres colores apareces

cuando las nubes cesan de llorar! ¡ Brillad dulcemente! Tres veces me ha sonreído mi amor.

* * *

— Señor — y en verdad, de muy buena gana añadiría — caballero, — si á ti mismo no te hubiese oído llamarte villano, — avergonzada estoy de haberte hablado como lo he hecho; de haberte injuriado tan duramente. Noble soy, y creí que el rey se mofaba de mí y de los míos. Y ahora, amigo, te ruego me perdones, pues siempre me has contestado con la mayor cortesía, y eres tan intrépido y al mismo tiempo tan amable y dulce como cualquiera de los mejores caballeros de Arturo. Por eso, siendo como eres villano, me has dejado confusa. No sé ya que pensar de tí.

* * *

— Doncella, — dijo él; — no se te debe culpar, como no sea porque creíste que nuestro buen rey era capaz de mofarse de tí, ó de darte, habiéndole pedido un campeón, uno que no pudiese llevar á cabo la empresa. Tú dijiste lo que te plugo, y mis hechos han sido mi respuesta. En verdad, yo creo que no es caballero, no, ni hombre siquiera, ni digno de pelear por una dama, el que deja que su corazón se acalore por cualquier capricho de una gentil doncella. No estés avergonzada ni pesarosa de

haberme denostado, pues tus duras palabras han combatido por mí, y á ellas debo la victoria. Y ahora que tus palabras son amables, creo que ningún caballero, ni el mismo Lanzarote, sería capaz de vencerme.

* * *

Ya cerca de la hora en que la solitaria garza olvida su melancolía, pone en el suelo su otra pata, y esperezándose piensa en la espléndida cena que la aguarda en el distante charco, volvióse á Gareth la doncella, y, sonriendo amablemente, le habló de una caverna próxima donde le esperaban buen pan, y viandas cocidas, y excelente vino del Mediodía, que Leonor había enviado para su campeón.

* * *

Pronto entraron en una estrecha hondonada en la que se veían grandes rocas lisas, y en ellas diversas figuras, y guerreros á caballo toscamente esculpidos, y pintados de varios colores ya medio borrados. — Señor don Villano, mi buen caballero; hubo aquí en otro tiempo un ermitaño que con sus santas manos representó sobre las rocas la guerra del Tiempo contra el Alma. Y los cuatro tontos que tú sabes, de estos húmedos muros han sacado su alegoría. ¿No conoces estos caracteres? Y Gareth miró y leyó — en letras semejantes á las que aun se ven esculpidas en

los derrumbaderos por cuyo fondo corre el espumoso Gelt. — PHOSPHORUS, luego MERIDIES, HESPERUS, NOX, MORS, — debajo de cinco figuras de hombres armados que corrían tras el alma, la cual con las alas rotas, los vestidos desgarrados y el pelo en desorden, huía hacia la cueva del ermitaño, donde esperaba hallar protección y abrigo. — Sigamos la dirección de los rostros, — dijo Lynette, — y encontraremos la cueva. Pero ¡mira! ¿quién es el que viene siguiéndonos?

* * *

Era Sir Lanzarote, que primero había perdido mucho tiempo en ayudar al desesperado y mal trecho Kay á volver á Camelot, y que luégo, por haberse extraviado la doncella en el bosque como ya se ha dicho, no pudo dar con ella y con su caballero, pero que al fin, después de cruzar tres veces á nado el tortuoso rio, acababa de alcanzarlos, y se adelantaba hacia ellos, que no podían conocerle porque llevaba bajada la visera, y cuidadosamente cubiertos los azules leones de su escudo. Al volverse Sir Gareth para mirarle, Lanzarote vió brillar la estrella de su escudo, y le gritó: — ¡Detente, traidor, que voy á vengar á mi amigo! — Y Gareth, gritando y clavando los acicates á su caballo, corrió hacia el que así le provocaba; pero en cuanto se encontraron, en un instante, al contacto de aquella práctica lanza que era la maravilla del mundo, fué desarzonado y cayó en tierra, de una manera

tal y tan fácilmente, que él mismo, cuando se vió sobre la yerba, no pudo menor de reirse. Pero Lynette, en cuyos oídos resonó aquella risa de un modo muy desapacible, le preguntó con aspereza: — ¿Porqué te ries? Afrentado y vencido y trocado de nuevo en marmitón, ¿te ries acaso porqué ha resultado vana tu jactancia? — No, noble doncella; sino porque yo, el hijo del viejo rey Lot y de la buena reina Bellicent, y caballero de Arturo, y vencedor de los puentes y del vado, yazgo aquí derribado por uno á quien no conozco, únicamente por mala ventura mía; únicamente, como tu dirías, por algún ardid, por algún hechizo, ó por mala ventura. Pero aun me queda la espada. — Y diciendo estas palabras, el joven se puso en pié, y desenvainó el acero. — Mas Lanzarote le dijo: — ¡Oh príncipe! ¡Oh Gareth! Has caído solamente por la mala ventura de uno que ha venido á ayudarte y no á hacerte daño. Lanzarote soy, amigo; Lanzarote, que ya te creía muerto, y que al encontrarte sano y salvo se siente tan feliz como el día en que Arturo le armó caballero.

* * *

— ¡Eres tú, Lanzarote! — exclamó entonces Gareth. — ¿Es tu fuerte brazo el que me ha derribado? Sí, lo que no podía suceder, para desmentir á tus hermanos que justamente te reputan invencible, el caso hubiera hecho que mi lanza, tan inferior á la tuya, te hubiese derribado

¡cuánto hubiese sido mi vergüenza y mi pesadumbre, oh noble Lanzarote!

* * *

Iba á contestar Sir Lanzarote; pero la doncella, con su encantadora petulancia, le dijo: — ¿Porqué no vinistéis cuando se os llamó, y porqué ahora sin llamaros venís? Yo me gloriaba en mi villano, que á mis continuos denuestos respondía tan cortesmente como el mejor caballero; pero si es caballero el prodigio se desvanece y yo quedo chasqueada, y sin saber porque me habrán chasqueado, y temiendo que se haya querido hacer escarnio de mí y de los míos. ¿Dónde se encontrará la verdad, si no la hay en casa de Arturo y en su presencia? Caballero, villano, príncipe y bobo, te aborrezco y te aborreceré siempre.

* * *

Y Lanzarote dijo: — ¡Dios te dé ventura, Gareth! Eres caballero, caballero tan perfecto como el rey podría desear, y como tal has realizado sus más altas esperanzas. ¡Oh doncella! ¿Sois justa al decir que vuestro caballero queda afrentado? No; porque en ser derribado no hay afrenta. Derribado he sido yo, no una sino muchas veces, pues para derribar es preciso antes ser derribado, y á fuerza de ser vencido llega uno por fin á ser vencedor. Ni

puede decirse que ha sido enteramente vencido, puesto que no hemos cruzado las espadas. — Tu buen caballo y tú estáis fatigados, y sin embargo, no por eso ha dejado de hacerme sentir tu vigor esa cansada lanza tuya. Has cumplido como bueno, pues has dejado francos los pasos del río, y has castigado á los enemigos del rey, y has dado dulce y cortés respuesta á los ultrajes, y te has reído cuando la fortuna se te ha mostrado adversa. Bien has cumplido como príncipe y como caballero. ¡ Salve! ¡ Caballero, y príncipe, y miembro de nuestra Tabla Redonda!

*
* * *

Y cuando volviéndose á Lynette le refirió la historia de Gareth, ella dijo: — ¡ Bien! ¡ bien! Peor que otros se mofen de uno es mofarse uno de sí mismo. Pero en fin, Sir Lanzarote, veamos de dar con una cueva que hay aquí cerca, y en la cual hallaremos viandas y vino y forrage para los caballos, y pedernal para encender fuego; pero cuya entrada cubren, según me han dicho, las madreselvas. Con todo, creo que no nos será difícil encontrarla. — Así fué, en efecto, pues pronto lograron dar con ella; y en cuanto hubieron comido, Gareth se durmió profundamente. No apartaba de él los ojos un momento la hermosa doncella. — Largo á apacible sea tu sueño; — decía. — Buena necesidad tienes de dormir. El sueño restaure tus fuerzas, y haga que despiertes lleno de vigor. ¿ No



es verdad que parezco una madre cariñosa? Sí; pero una madre que durante todo el día no ha cesado de regañar á su hijo, y que después le bendice dormido. ¡ Buen Dios! ¡ Qué dulce fragancia despide la madreselva en medio de la apacible y silenciosa noche, como para hacernos creer que este agitado mundo es un mundo de completa paz, y amor, y dulzura. ¡ Oh Lanzarote, Lanzarote! — y al decir estas palabras la joven palmoteó alegremente; — ¡ qué contenta estoy porque mi hermoso villano es noble y caballero! Pero mira! El bárbaro que tiene encerrada á mi

hermana Leonor en su propio castillo, no me hubiese dejado partir á no haberle yo jurado que volvería trayéndote á tí para pelear con él; así es que, si te vé ese negro traidor peleará contigo primero, ¿y quién duda que quedarás vencedor? De ese modo, mi caballero-villano no alcanzará toda la gloria de esta empresa.

*
* *

Y Lanzarote dijo: — Tal vez ese de quien hablas conozca mi escudo. Que Gareth lo tome, si quiere, en cambio del suyo, y tome también mi corcel, que no está fatigado, y al que no hay necesidad de espolear, pues ama el combate tanto como su dueño. — Como quien eres hablas, Lanzarote; — contestó ella. — Cortés en esto como en todo tienes que ser, ó dejarías de ser Lord Lanzarote.

*
* *

Cuando despertó Gareth y se le hizo saber la determinación tomada, el joven abrazó fieramente el escudo, y dijo: — ¡Saltad, leones astilla-lanzas, para quienes todas las lanzas son palos podridos! Tenéis la boca abierta como para rugir. ¡Brincad y rugid al dejar á vuestro señor! — Pero no os apuréis, bravos leones, pues he de cuidar bien de vosotros. ¡Oh noble Lanzarote! Tus leones comunican virtud, vigor y ardimiento, á quien no

quisiera deshonrar ni á la sombra de Lanzarote bajo su escudo. ¿Qué hacemos aquí ya? Partamos.

*
* *

Salieron de la gruta, y en silencio el silencioso campo atravesaron. El arpa de Arturo (1), hacia la cual corrían algunas nubes, aunque ya pálida por ser en el verano, atrajo las miradas de Gareth, que pensaba en su señor. En aquel momento vióse partir una exhalación. — ¡Mirad, — dijo Gareth; — el enemigo cae! — Y como se oyera el graznido de una lechuza, el joven añadió: — ¡Escuchad al vencedor celebrando su victoria! — De pronto, la doncella, que cabalgaba á su izquierda, se asió del escudo que Lanzarote le había prestado, diciendo: — ¡Devuélveselo! ¡devuélveselo! Él es quien debe pelear. ¡Malhaya la lengua que durante todo el día de ayer te injurió, y que hoy ha hecho que Lanzarote te preste su escudo y su caballo! Maravillas has hecho, pero milagros no puedes hacer; bastante gloria has ganado derribando á los otros tres hermanos. Te veo ya herido y mutilado; estoy segura de que no puedes vencer al cuarto.

*
* *

(1) O sea *la lira*, constelación del hemisferio boreal.

—¿Y porqué, doncella? Dime lo que sepas, pues seguramente no lograrás amedrentarme. El rostro mas feo, la voz más estruendosa, la más bestial corpulencia de miembros, ni la mayor ferocidad, pueden hacerme abandonar la empresa.

* * *

—En verdad, príncipe, yo nunca he visto su rostro, pues jamás sale de día; pero no pocas veces le he visto pasar como un fantasma, enfriando la fría noche, y aterrorizando á cuantos tenían la desgracia de encontrarse en su camino. Tampoco he oído su voz, pues para todo se sirve de un mensajero, un paje que siempre que habla de su señor dice que éste reúne la fuerza de diez hombres, y que cuando se encoleriza destroza hombres, mujeres, mozos, doncellas, y hasta tiernos infantes. Algunos llegan á decir que el mónstruo ha comido muchas veces carne de niño. ¡Oh príncipe! Por Lanzarote fuí primeramente, y por tanto á Lanzarote pertenece la empresa. Devuélvele, pues, el escudo.

* * *

—Si lo quiere, —dijo Gareth riéndose, — fuerza será que peleando conmigo lo gane, lo que le será bien fácil, siendo como es, con mucho, el mas diestro de los dos. Sólo de ese modo estoy dispuesto á entregárselo.

* * *

Entonces Lanzarote le explicó todas las trazas de que era preciso valerse para vencer cuando había que pelear con un enemigo mas fuerte que uno mismo; la mejor manera de manejar el caballo, la lanza, la espada y el escudo, y de ese modo suplir la falta de fuerza con la destreza y el ingenio.

* * *

—Buenas reglas me das, — contestó Gareth; — pero yo no se más que una sola, que consiste en arrojarme sobre mi enemigo y vencer. Sin embargo, te he visto vencedor en los torneos, y conozco tu manera de pelear. —El cielo te ayude; —dijo suspirando Lynette.

* * *

Una negra nube, que fué creciendo rápidamente y que en breve llegó á velar todas las estrellas, los sumió en la más completa oscuridad, y así continuaron cabalgando durante algún tiempo, entretenidos en amistosa plática, hasta que de pronto la doncella detuvo su palafren, y extendiendo el brazo murmuró suavemente: — «Allí.» — Los tres permanecieron algunos momentos inmóviles y silenciosos, contemplando, junto al Castillo Peligroso, y plantado en campo raso, un enorme pabellón semejan-

te á la cumbre de un cónico monte ; un enorme pabellón negro con bandera negra también. Por fin adelantóse el impaciente Gareth , y empuñando un largo cuerno negro que junto al negro pabellón estaba suspendido , llevólo á los labios , y antes que Lanzarote ó Lynette pudiesen impedirlo , lo tañó tan fuertemente , que no parecía sino que á través de él había enviado todo su corazón y todo su aliento. Respondieron los ecos de los muros , y casi en el mismo instante se vió brillar una luz ; luégo aparecieron luces y más luces , y Gareth tañó de nuevo el cuerno. Oyéronse pasos y confusas voces , cruzaron el campo algunas sombras , y por fin se asomó á una de las ventanas del castillo la hermosa Leonor , rodeada de sus doncellas , cada una de las cuales tenía una luz en la mano. La gallarda castellana saludaba á Gareth con sus blancas manos , inclinándose al mismo tiempo graciosamente. Entónces el príncipe hizo sonar el cuerno por tercera vez , y después de un largo y profundo silencio , de entre los negros pliegues del enorme pabellón , salió lentamente el que en su interior moraba. Montado en un caballo negro como la noche , cubierto de una armadura también negra , sobre la cual estaban pintados el blanco esternón y las descarnadas costillas de la muerte , y llevando por crestón una calavera horriblemente contraída por espantosa risa , se adelantó el mónstruo como unos diez pasos , á la débil luz del alba , que en aquel momento empezaba á mostrarse , y luégo se detuvo sin hablar una palabra.

